



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 8, Núm. 2, pp. 415-420 - ISSN 2027-5528

Reseña

**Bonilla, Heraclio. (2014). *Errata y el “bricolage” de la historia*.
Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 248 p.**

Edwin Cruz Rodríguez

Universidad Nacional de Colombia
orcid.org/0000-0001-8891-8796

Recibido: 25 de septiembre de 2017

Aceptado: 3 de agosto de 2017



Bonilla, Heraclio. (2014). *Errata y el “bricolage” de la historia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 248 p.

Edwin Cruz Rodríguez
Universidad Nacional de Colombia

Político de la Universidad Nacional de
Colombia.

Correo electrónico: ecruzr@unal.edu.co

ORCID ID: orcid.org/0000-0001-8891-8796

En esta obra el reconocido historiador peruano Heraclio Bonilla –doctor en Historia de la Universidad de París II, doctor en Antropología de la Universidad Mayor de San Marcos y actualmente profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia- nos ofrece una discusión sobre el cambio de paradigmas en la disciplina de la Historia y una reconstrucción de algunos de sus hallazgos como investigador sobre la región de los Andes centrales. El título del libro, tomado de la autobiografía del crítico literario George Steiner, informa bien sobre su naturaleza, pues “es igualmente un peregrinaje sobre las maneras cambiantes de pensar y escribir la Historia a lo largo de casi un siglo y medio, desde 1870 hasta el presente” (p. 9). La obra tiene dos partes, la primera dedicada a los paradigmas de la disciplina histórica y la segunda al tratamiento de diversos problemas de historia económica y social de los Andes centrales –Perú, Bolivia y Ecuador. De acuerdo con el autor, está formada por materiales pedagógicos de su ejercicio docente durante 15 años en la Universidad Nacional de Colombia.

En la primera parte, Bonilla reconstruye críticamente los paradigmas de la Historia, desde el historicismo rankeano, pasando por el gran quiebre que implicó la historia socioeconómica con los *Annales* y su progresivo énfasis en la historia de las mentalidades,

hasta lo que denomina los “otros paradigmas”: el género y la historia, el marxismo, la cliometría, la microhistoria, la historia cultural, las nuevas formas de escritura de la historia y el psicoanálisis. Para Bonilla, el actual paradigma dominante en la Historia, basado en el giro lingüístico y el posmodernismo, cuestiona la búsqueda de la objetividad y la verdad, consagrando el relativismo en la lectura del pasado y sosteniendo, por consiguiente, que no existe un método científico para la comprensión y explicación de los hechos, sino que en buena medida estos dependen de la subjetividad y de la ideología del historiador. Frente a la propuesta posmoderna sintetizada por Keith Jenkins, Bonilla opone las reflexiones sobre la cientificidad de la historia realizadas por Julio Aróstegui, que aspiran a fundamentar un conocimiento histórico capaz de explicar el pasado, no meramente de interpretarlo, aun reconociendo la especificidad de las ciencias sociales frente a las ciencias de la naturaleza.

En esta primera parte, el auge y declive de los paradigmas es puesto en el contexto de cambios sociales globales, como el declive de la política basada en la lucha de clases, debido a la emergencia de subjetividades e identidades que desbordan ese marco de acción, y la crisis ambiental, que están en la raíz del cuestionamiento a los “metarrelatos” y por consiguiente del cambio paradigmático. Además, el abordaje de las principales obras de cada paradigma tiene como una cuestión transversal la pregunta por la pertinencia de sus postulados para el estudio de la historia en América Latina. En fin, al tiempo que rechaza el reemplazo de la realidad por lo que considera “textos” en las nuevas corrientes historiográficas, Bonilla destaca aspectos positivos del nuevo paradigma, como haber puesto fin al determinismo económico o abrir posibilidades para contar la historia desde otras perspectivas y especializaciones como la historia de género, la historia religiosa o la microhistoria, entre otras (p. 12).

Sin embargo, en gracia de discusión, es problemático que para criticar el posmodernismo Bonilla asuma la tradición positivista de las ciencias sociales, que se expresa en la capacidad de modelamiento, el trabajo con datos duros y los desarrollos matemáticos de la ciencia económica, en detrimento de la tradición hermenéutica o interpretativa, que no puede reducirse al posmodernismo –puesto que no necesariamente

comparte sus supuestos ontológicos y epistemológicos- sino que, por el contrario, ha coexistido con la tradición positivista. Esto plantea varios problemas a su argumentación. Por ejemplo, supone que existe un “atraso” en la ciencia histórica en relación con las ciencias sociales (pp. 22-23), sin especificar qué tipo de criterios permitirían conceptualizar tanto esa situación como su contracara, el avance, en la ciencia social. De fondo, el problema es que no discute los supuestos ontológicos que sustentan cada uno de los paradigmas, en especial la historia socioeconómica y las corrientes posmodernas, sino únicamente sus consecuencias epistemológicas y metodológicas. Por ejemplo, si bien la denominación de “positivismo histórico” es muy común para referirse al enfoque de Ranke, no es menos cierto que también la escuela de los *Annales* tiene una orientación principalmente positivista, porque está fundamentada en un realismo epistemológico –el postulado de que existe una realidad externa al pensamiento que es cognoscible mediante la observación y el despliegue de las capacidades sensoriales-, e incluso en la medida en que, bajo otros términos, se mantiene la preocupación por el progreso.

Esto es problemático, además, porque impide comprender qué se debe entender por “paradigma”. En una perspectiva Kuhniana, como la que parece inspirar el análisis del profesor Bonilla, el cambio paradigmático supone fundamentalmente un cuestionamiento a los presupuestos ontológicos en los que se basa el marco cultural de las comunidades científicas, de tal manera que difícilmente pueden coexistir varios paradigmas al mismo tiempo. Así, desde esta perspectiva, no sería del todo adecuado denominar ciertas corrientes contemporáneas de la historiografía, como los estudios de género o la microhistoria, como paradigmas.

La segunda parte del libro incluye, en primer lugar, interesantes reflexiones teóricas y metodológicas sobre la historia de los Andes centrales, orientadas a sustentar por qué y cómo adoptar como objeto de estudio la región de los Andes centrales a pesar de su inherente diversidad interna. Bonilla reflexiona sobre la necesidad de enfrentar la yuxtaposición de tiempos y sistemas sociohistóricos cuyas temporalidades son diversas, así

como la permanente articulación entre categorías y problemáticas de clase, étnicas y nacionales (p. 110). Seguidamente, se reconstruyen varios problemas socioeconómicos de la región, en especial las consecuencias internas de la vinculación de los sectores económicos líderes con el mercado mundial, particularmente la minería y los distintos auges de productos de la agricultura tropical, resaltando las contribuciones de Carlos Sempat Assadourian sobre el sistema colonial, la composición y el comportamiento de las exportaciones y el impacto de las inversiones extranjeras y del endeudamiento externo posterior a los procesos de independencia.

El profesor Bonilla llama la atención sobre varios problemas de investigación que, al parecer, han sido abandonados, como la formación de los Estados y las naciones en los Andes. Así, reconstruye su tesis acerca del particular nacionalismo en la región, que se caracterizó por estar orientado más en contra de las élites de las audiencias vecinas, delimitadas en virtud del principio colonial del *uti possidetis*, que en contra de la metrópoli española, y que sería actualizado en distintos momentos, en particular en los conflictos bélicos interestatales (p. 148). Respecto del problema de la formación del Estado, Bonilla plantea la necesidad de crear enfoques capaces de trascender el etnocentrismo, que erige como parámetro universal la formación del Estado en Europa occidental, en particular indagando si la teoría política que acompañó tal experiencia es pertinente para la investigación de los casos andinos (p. 126), y llamando la atención sobre la necesidad de insertar en el análisis los distintos y antagónicos sentidos que palabras como “estado”, “nación” y “nacionalismo” tenían para los distintos grupos de estas abigarradas sociedades, debido a los clivajes étnicos y de clase (p. 138). Se trata de un problema que a los ojos del paradigma historiográfico hoy dominante ha perdido importancia, o cuya resolución ha sido principalmente teórica, pero que aún demanda una investigación empírica.

No obstante, habría que discutir el concepto de nación que sostiene varios de los análisis del profesor Bonilla. Por una parte, la insistencia del autor en que en los Andes

centrales la nación no ha logrado construirse o se ha construido a medias, “el fenómeno nacional no está, o solo está en vías de constitución” (p. 122), parece apuntar a una concepción teleológica en la que habría un tipo de nación, un punto de llegada ideal quizás inspirado en la experiencia de Europa occidental, que sirve como baremo para sostener que estas naciones no están plenamente formadas, pero que no se hace explícito: “La Emancipación señala el nacimiento accidental y accidentado de Ecuador, Perú y Bolivia, que postularon su destino nacional y adoptaron la forma política de repúblicas. Como repúblicas, pese a sus peripecias, se mantuvieron, pero el destino nacional resultó hasta hoy una promesa inconclusa” (p. 119).

Según Bonilla, una de las explicaciones de este fenómeno, el hecho de que la nación no sea una realidad, radica en que el Estado emergió primero y los intentos de construir nación desde arriba no han rendido frutos: “la América Latina es un claro ejemplo de los infructuosos esfuerzos de construir naciones desde los Estados, entre otras razones porque su emergencia precedió a la de sus respectivas sociedades nacionales” (p. 138). No obstante, y dado que el problema se refiere al concepto de nación que sustenta el análisis, esta afirmación no está fundamentada con otros argumentos o con una demostración empírica, por lo que no resulta claro cómo el hecho de que primero se intentara construir el Estado ha afectado la posibilidad de construir nación.

Por otra parte, en algunos de los análisis que la obra presenta, el concepto de nación parece apuntar a un tipo de comunidad sin grietas, sin fragmentaciones internas, conciliada consigo misma. Esto puede inferirse, por ejemplo, cuando Bonilla afirma que en la región andina “el «fenómeno nacional» aparece más como un dictado que como una expresión concreta (sino, ¿cómo explicar la fuerza y la vigencia del sentimiento y de la conciencia de las pequeñas regiones?)” (p. 125). Se omite de esa manera el hecho de que, virtualmente en todas partes, la nación convive con múltiples clivajes sociales de tipo regional, étnico y de clase, que empiezan porque su construcción es un proceso necesariamente conflictivo y en donde ciertas identidades particulares –de tipo territorial o lingüístico, por ejemplo– terminan por imponerse sobre otras.

En fin, estos dos grandes problemas, lo que parece ser un concepto teleológico implícito de nación que niega su realidad en la región andina central y una categoría que excluye cualquier tipo de fragmentación interna, podrían llevar a una incompreensión de las particularidades que la formación de la nación reviste en estos casos en nombre de un modelo implícito que no se aviene con ellos.